

DENNIS LEHANE

Plegarias en la noche

UNA INVESTIGACIÓN DE KENZIE Y GENNARO



Cuando Patrick conoció a Karen Nichols le llamó la atención que se tratara del tipo de persona que suele planchar los calcetines, es decir, una persona desde todo punto de vista impecable, que desconoce la tragedia. Sin embargo, seis meses más tarde Karen se suicida al saltar desde uno de los monumentos más apreciados de Boston. Patrick se pregunta qué pudo impulsar a una persona como Karen a tan drástica y trágica decisión, y lo que empieza siendo simple curiosidad pronto se convierte en una obsesión... Su confusión aumenta cuando descubre que durante los últimos meses de la vida de Karen su prometido muere en un accidente, ella pierde su trabajo, su piso y finalmente la cabeza, y lo que parecía al principio pura coincidencia acaba por ser una historia terrible.

Con la ayuda de su antigua compañera y amante, Angela Gennaro, y de su totalmente desequilibrado amigo, Bubba Rogowski, Patrick empieza a tomar parte en un peligroso juego de persecución de un hombre que, en lugar de matar a sus víctimas prefiere hacerles desear estar muertas. A lo largo de las últimas semanas de un verano bochornoso, Patrick, Angie y Bubba libran una batalla psicológica con este psicópata depravado y fantástico; batalla que les hará enfrentarse a los secretos más sórdidos de una familia adinerada, a un mafioso brutal, a una camarilla de secuestradores pervertidos y a un peligroso encuentro en la brumosa oscuridad de una ciénaga.

Para mis amigos John Dempsey, Chris Mullen y Susan Hayes, que me permitieron usar algunas de sus mejores líneas, y no me han demandado.

Y para Andre, a quien echamos profundamente de menos.

Oí cómo los ancianos decían:
«Todo lo que es bello se lo lleva la corriente al
igual que las aguas».

W. B. YEATS

En el sueño, tengo un hijo. Debe de tener unos cinco años, pero habla con la voz y la inteligencia propias de un chico de quince. Está sentado junto a mí, con el cinturón de seguridad fuertemente abrochado, sus piernas apenas le llegan al borde del asiento del coche. Es un automóvil grande y antiguo, con un volante grande como la rueda de una bicicleta; el viaje transcurre una mañana de finales de diciembre de color cromo mate. Estamos en algún lugar rural, al sur de Massachusetts, pero al norte de la Línea Mason-Dixon^[1] —quizás en Delaware, o en el sur de Nueva Jersey—, y los silos a cuadros rojos y blancos se alzan en la distancia por encima de los campos surcados por un tenue gris dejado por la nieve de la semana anterior. No hay nada a nuestro alrededor, excepto campos y silos lejanos, un molino helado y silencioso, y kilómetros de cable negro de teléfono que reluce en el hielo. No hay ningún otro coche, no hay gente. Sólo mi hijo y yo, y la carretera de dura pizarra serpenteando a través de los campos de trigo helado.

Mi hijo dice:

«Patrick».

«¿Sí?»

«Es un buen día». Contemplo la mañana silenciosa y grisácea, el puro silencio. Más allá del último silo, una delgada columna de humo oscuro se eleva desde una chimenea. Aunque no llego a ver la construcción, puedo imaginar el calor de la casa. Puedo oler la comida asándose en el horno; puedo ver brillantes cerezas en la cocina de madera color miel. Un delantal cuelga de la manecilla de la puerta

del horno. Es agradable estar en casa una silenciosa mañana de diciembre.

Miro a mi hijo y le digo: «Sí, lo es».

Mi hijo dice: «Conduciremos todo el día. Conduciremos toda la noche. Conduciremos por siempre».

Yo le contesto: «Claro».

Mi hijo mira por la ventana y dice: «Papá».

«¿Sí?»

«Nunca dejaremos de conducir».

Vuelvo la cabeza y veo que me está mirando con mis propios ojos.

Le digo: «De acuerdo. Nunca dejaremos de conducir».

Pone sus manos encima de las mías y dice: «Si dejamos de conducir, nos quedaremos sin aire».

«Sí».

«Y si nos quedamos sin aire, nos morimos».

«Así es».

«Yo no quiero morir, papá».

Acaricio su pelo lacio y le digo: «Yo tampoco».

«Así pues, nunca dejaremos de conducir».

«No, amigo. —Puedo oler le la piel, el pelo, la fragancia de un recién nacido en el cuerpo de un niño de cinco años —. Nunca dejaremos de conducir».

«Bien».

Se recuesta en el asiento, y se queda dormido con la mejilla contra la palma de mi mano.

Ante mí, la carretera de pizarra avanza entre campos polvorientos y blanquecinos; mi mano se siente ligera y segura al volante. La carretera es recta y llana y se extiende miles de kilómetros ante mí. La vieja nieve susurra cuando el viento la aparta de los campos y la lanza, en pequeñas ráfagas, sobre las grietas de alquitrán que hay delante de la rejilla.

Nunca dejaré de conducir. Nunca saldré del coche. Nunca me quedaré sin gasolina. Nunca sentiré hambre. Aquí se está calentito. Tengo a mi hijo. Está a salvo. Estoy a

salvo. Nunca dejaré de conducir. No me cansaré. Nunca pararé.

La carretera se extiende amplia e interminable ante mí.

Mi hijo aparta la cabeza de mi mano y dice: «¿Dónde está mamá?».

«No lo sé», contesto.

«Pero ¿todo va bien?»», pregunta mirándome.

«Todo va bien —le digo—. Todo está en orden. Vuélvete a dormir».

Mi hijo se duerme de nuevo. Yo sigo conduciendo.

Ambos desaparecemos cuando me despierto.

1

Cuando conocí a Karen Nichols, pensé que era el tipo de mujer que seguramente planchaba los calcetines.

Era rubia y pequeña; salía de un «escarabajo» VW 1998 verde chillón en el momento en que Bubba y yo, con nuestro café de la mañana en la mano, cruzábamos la avenida hacia la iglesia de San Bartolomé. Era febrero, pero ese año el invierno se había olvidado de hacer acto de presencia. A excepción de una tormenta de nieve y de unos pocos días en que la temperatura había llegado bajo cero, el clima había sido muy suave. Estábamos casi a 10°, y eso que aún no eran más que las diez de la mañana. Que digan lo que quieran sobre el calentamiento de la tierra, si me libro de quitar la nieve de la entrada con una pala, estoy a favor de él.

Karen Nichols se tapó los ojos con una mano, a pesar de que el sol de la mañana no era muy fuerte, y me sonrió indecisa.

—¿Señor Kenzie?

Le dediqué una enternecedora sonrisa y le ofrecí la mano.

—¿Señorita Nichols? —dije.

Rió por alguna razón.

—Karen. Sí. Llego demasiado temprano.

Deslizó su mano en la mía; tenía un tacto tan fino y suave como un guante.

—Llámeme Patrick. Éste es el señor Rogowski.

Bubba asintió con un gruñido y tomó un trago de café.

Karen Nichols apartó su mano de la mía y se echó ligeramente hacia atrás, como si temiera tener que estrecharle la mano a Bubba. Como si temiera al hacerlo no volver a recuperarla.

Llevaba una chaqueta de ante marrón hasta la rodilla encima de un suéter de punto de color carbón y cuello barco, vaqueros azules y Reeboks de un blanco reluciente. Todo lo que llevaba daba la impresión de haber estado siempre lejos de una arruga, una mancha o una mota de polvo.

Puso los delicados dedos sobre su suave cuello.

—¡Un par de investigadores privados de verdad, caramba! —exclamó.

Arrugó sus ojos azul claro y su nariz de botón, y volvió a sonreír de nuevo.

—El investigador privado soy yo —dije—. Él sencillamente es especialista en barrios bajos.

Bubba soltó otro gruñido y me pegó una patada en el culo.

—¡Abajo, chico! —dije—. ¡Al suelo!

Bubba tomó un trago de café.

Daba la impresión de que Karen Nichols se había equivocado al venir a verme. Decidí, pues, no llevarla a mi oficina. Si la gente no estaba segura de querer contratarme, llevarles al campanario no era necesario.

No había clases porque era sábado; el aire era fresco pero no hacía frío, así que Karen Nichols, Bubba y yo nos encaminamos hacia un banco del patio de la escuela. Me senté. Karen Nichols usó un pañuelo blanco immaculado para limpiar el banco, y luego se sentó. Bubba frunció el ceño al ver que no quedaba sitio, me miró con desaprobación, y se sentó en el suelo justo delante de nosotros; cruzó las piernas y nos miró.

—Eres un perro muy bueno —dije.

Bubba me lanzó una mirada como diciendo que pagaría por ello tan pronto como nos hubiéramos alejado de nuestra educada compañera.

—Señorita Nichols —dije—, ¿quién le ha hablado de mí?

Apartó los ojos de Bubba y me miró un momento con expresión de confusión. Llevaba el pelo rubio tan corto como un niño y me recordaba fotografías que había visto de mujeres en el Berlín de los años veinte. Lo llevaba peinado hacia atrás con gomina, y aunque sería imposible que el pelo se le despeinara a no ser que se acercara a un motor a reacción, se había puesto un clip encima de la oreja izquierda, justo debajo de la raya; un pequeño pasador negro con el dibujo de un escarabajo.

Abrió sus grandes ojos azules, volvió a reír de forma entrecortada y nerviosa.

—Mi novio —dijo.

—Y se llama... —empecé, imaginándome que sería algo así como Tad, Ty o Hunter.

—David Wetterau.

¡Demasiado para mis habilidades psicológicas!

—Me temo que nunca he oído hablar de él.

—Conoció a alguien que solía trabajar con usted. ¿Una mujer?

Bubba levantó la cabeza y me miró. Bubba me consideraba culpable de que Angie hubiera puesto fin a nuestra colaboración, se hubiera ido del barrio, se hubiera comprado un Honda, vistiera trajes de Anne Klein; en definitiva, de que ya nunca saliera con nosotros.

—¿Angela Gennaro? —le pregunté a Karen Nichols.

Sonrió.

—Sí, así se llama —afirmó.

Bubba gruñó de nuevo. Pronto empezaría a aullarle a la luna.

—¿Por qué necesita un detective privado, señorita Nichols?

—Karen —dijo. Se volvió hacia mí y se puso un mechón imaginario de pelo detrás de la oreja.

—Karen, ¿por qué necesita un detective?

Una sonrisa triste y apesadumbrada frunció sus labios; miró sus rodillas un momento.

—Hay un tipo en el gimnasio al que voy...

Asentí.

Tragó saliva. Supongo que albergaba la esperanza de que yo fuera capaz de deducirlo todo tan sólo a partir de esa frase. Estaba completamente seguro de que iba a decirme algo desagradable, y aún estaba más seguro de que las cosas desagradables sólo las habría visto de lejos.

—Me ha estado acosando sexualmente; me ha estado siguiendo hasta el aparcamiento... Al principio era sólo... molesto. —Alzó la cabeza y me miró a los ojos buscando una mirada de comprensión—. Entonces las cosas se pusieron feas. Empezó a llamarme a casa. Cambié mis hábitos para no tener que encontrarle en el gimnasio, pero un par de veces le vi aparcado delante de mi casa. Un día David se hartó de la situación y se fue a hablar con él. Lo negó todo y después le amenazó. —Parpadeó y se retorció los dedos de la mano izquierda—. David no es físicamente... formidable. ¿Es ésa la palabra correcta?

Asentí.

—Así pues, Cody, así se llama, Cody Falk, se rió de David y esa misma noche volvió a llamarme.

Cody. Ya empezaba a odiarle.

—Me llamó y me dijo que sabía lo mucho que lo deseaba, que seguramente nunca había disfrutado de un buen, buen...

—¡Joder! —dijo Bubba.

Ella se echó ligeramente hacia atrás, le miró luego me miró a mí.

—Sí, —continuó—, bien, un buen... en toda mi vida. Y él sabía que yo deseaba en secreto que él me lo hiciera. Dejé esta nota en su coche. Ya sé que es una estupidez, pero yo..., bien, lo hice.

Metió la mano en el bolso y sacó un trozo de papel arrugado color lila. Con una caligrafía perfecta, había escri-

to:

Señor Falk,
por favor, déjeme en paz.

KAREN NICHOLS

—Cuando volví a ir al gimnasio —continuó—, vi que había colocado la nota de nuevo en el limpiaparabrisas, en el mismo lugar que yo la había dejado. Si le da la vuelta, señor Kenzie, verá lo que escribió. —Señaló el papel que sostenía en la mano.

Le di la vuelta. Al dorso, Cody Falk tan sólo había escrito una palabra:

NO

Ese gilipollas me caía cada vez peor.

—Y ayer... —Se le llenaron los ojos de lágrimas, tragó saliva varias veces y su blanca y suave garganta empezó a temblar.

Puse una mano encima de la de ella y la entrelazó con los dedos.

—¿Qué hizo? —dije.

Aspiró aire por la boca; oí el traqueteo húmedo que hizo al pasar por la garganta.

—Me destrozó el coche —respondió.

Tanto Bubba como yo reaccionamos tarde; observamos el reluciente «escarabajo» VW verde aparcado junto a la verja del patio de la escuela. Parecía como si hubiera acabado de salir de fábrica; seguramente el interior aún olía a nuevo.

—¿Ese coche? —pregunté.

—¿Qué? —dijo, mientras seguía mi mirada—. ¡Oh, no, no! Ése es el coche de David.

—¿Qué? —dijo Bubba—. ¿Que un hombre realmente conduce ese coche?

Le miré y negué con la cabeza.

Bubba frunció el ceño; luego miró sus botas de combate y se las subió hasta las rodillas.

Karcn movió la cabeza como si quisiera aclararlo.

—Yo tengo un Corolla. Quería un Camry, pero no nos lo podíamos permitir. David acaba de montar un negocio y ambos tenemos créditos estudiantiles que aún no hemos acabado de pagar; así pues, me compré un Corolla. Y ahora está destrozado. Tiró ácido alrededor de todo el coche. Perforó el radiador y el mecánico me dijo que había vertido almíbar en el motor.

—¿Se lo ha contado a la policía?

Asintió; su diminuto cuerpo temblaba.

—No hay ninguna prueba de que fuera él. Le dijo a la policía que esa noche estaba en el cine y que hubo gente que le vio entrar y salir de allí. Él... —Su cara se ensombreció—. No le pueden hacer nada; además, la compañía de seguros no piensa cubrirme los gastos.

Bubba levantó la cabeza y la inclinó hacia mí.

—¿Por qué no? —dije.

—Porque no han recibido el último pago. Y yo... lo mandé. Lo mandé hace más de tres semanas. Me dijeron que me habían enviado un aviso, pero yo nunca lo recibí. Y, y... —Bajó la cabeza y las lágrimas cayeron hasta sus rodillas.

Estaba casi seguro de que tenía una colección de peluches; además, lo que quedaba de su Corolla debía de tener o bien una cara sonriente o bien un dibujo de Jesús pegado al parachoques. Probablemente leía novelas de John Grisham, escuchaba música rock suave, le encantaba ir a despedidas de solteras y nunca había visto una película de Spike Lee.

Nunca habría imaginado que algo así pudiera sucederle a ella.

—Karen —dije dulcemente—, ¿cómo se llama su compañía de seguros?

Alzó la cabeza y se secó las lágrimas con la palma de la mano.

—State Mutual.

—¿Y la oficina de correos por la que mandó el cheque?

—Bien, vivo en Newton Upper Falls —dijo—, pero no estoy muy segura. ¿Mi novio? —Se miró las immaculadas zapatillas de deporte blancas, como si se sintiera avergonzada—. Él vive en Back Bay; paso mucho tiempo allí.

Lo dijo como si fuera un pecado; me pregunté dónde debía crecer gente como ella y si había una preselección, cómo debía hacerse por si algún día yo tenía una hija.

—¿Se había retrasado antes en algún otro pago?

Negó con la cabeza.

—Nunca.

—¿Cuánto tiempo hace que está asegurada?

—Desde que me gradué en la universidad. Siete años.

—¿Dónde vive Cody Falk?

Se pasó la palma de la mano sobre los ojos para asegurarse de que las lágrimas se habían secado. No usaba maquillaje, así que nada se había corrido. Era tan guapa como esas chicas que anuncian productos de belleza.

—No lo sé, pero va al gimnasio todos los días a las siete de la tarde.

—¿A qué gimnasio?

—Al Club Mount Auburn de Watertown. —Se mordió el labio inferior e intentó dedicarnos una de sus sonrisas de dientes blancos—. ¡Me siento tan ridícula!

—Señorita Nichols —dije—, nadie cree que tenga que tratar con gente como Cody Falk. ¿Lo comprende? Ni usted, ni nadie. Simplemente él es una mala persona. Usted no ha hecho nada para provocar esta situación. Él sí.

—¿Sí? —preguntó.

Consiguí dedicarnos una amplia sonrisa, pero aún quedaba una expresión de miedo y confusión en su mirada.

—Sí. Él es el malo. Disfruta asustando a la gente.

—Sí, de verdad —asintió—. Se le ve en los ojos. Cuanto más incómoda me hacía sentir en el aparcamiento, más parecía disfrutar.

Bubba soltó una risita.

—¿Quiere que hablemos de incomodidad? Pues espere a que le hagamos una visita a Cody —dijo.

Karen Nichols miró a Bubba; por un instante pareció sentir lástima por Cody Falk.

Una vez en mi oficina llamé a mi abogado, Cheswick Hartman.

Karen Nichols se había ido en el VW de su novio. Le ordené que se fuera directamente a la compañía de seguros y que les entregara otro cheque. Cuando me dijo que no aceptarían el pago, le aseguré que lo harían si iba allí. Se preguntó en voz alta si podría pagar mis honorarios; le contesté que si podía pagar un día no habría ningún problema, ya que era lo que tardaríamos.

—¿Un día?

—Un día —dije.

—¿Qué pasa con Cody?

—Cody ya no la molestará más —dije.

Le cerré la puerta del coche y se alejó; me saludó con la mano cuando se paró en el primer semáforo.

—Busca «linda» en el diccionario —le dije a Bubba mientras nos sentábamos en mi despacho—. Y mira si está la fotografía de Karen Nichols junto a la definición.

Miró la pequeña pila de libros que tenía en la repisa de la ventana.

—¿Cómo puedo saber cuál es el diccionario? —preguntó.

Cheswick se puso al teléfono y le conté los problemas que Karen Nichols había tenido con la reclamación del seguro.